



LA MUERTE DE LOS NUESTROS

Andrea Mena

LA MUERTE DE
LOS NUESTROS



Primera edición: enero de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Andrea Mena

ISBN: 979-13-87909-86-4

ISBN digital: 979-13-87909-87-1

Depósito legal: M-27585-2025

Editorial Adarve
c/ Luis Vives 9
28002 Madrid
info@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Agustín, mi padre,
quien partió de este mundo
buyendo del dolor
que no pudimos aliviar.*

La historia a continuación es completamente ficción, tanto los personajes como las ubicaciones no tienen un lugar en nuestro mundo. Los temas tratados han sido investigados de antemano.

Dicho esto...

PRÓLOGO

LOS MOALGATE

En cada familia se pasan de generación en generación leyendas, historias que escapan a nuestra comprensión.

Mi madre las mencionó alguna vez en las noches, cuando nos llevaba a dormir entre regaños y sonrisas arrebatadas. Escuché sus leyendas con atención.

Aquella de una mitología perdida solo pronunciada por quienes creen en cuentos de hadas que pueden ser reales. Solo conocida por aquellos que han visto los ojos felinos de estos y la oscuridad tras ellos.

Los Moalgate, seres espirituales capaces de cambiar de forma, podríamos definirlos de esa manera. En su forma animal eran gatos domésticos y en su forma humana seres eternos, inmortales capaces de mantener su edad durante siglos. Los Moalgate son seres protectores, mas no siempre cumplen este rol, en ocasiones prometen venganzas, formando así un lazo con sus pactantes, guiando el camino de su protegido hasta la verdad.

Cuando encuentres un gato, escondido y tembloroso, presta atención, pues puede ser uno de ellos, oculto a nuestros ojos con sus orejas punteadas y bigotes brillantes. Cierra los ojos, respira y míralo con atención, existe la posibilidad de estar frente a uno de ellos.

Ellos te lo confirmarán con sus gestos altivos y caprichosos, elegantes y atrayentes.

Yo no creía en ellos, creyente fiel de que los cuentos de niños son solo eso, y seguiría siendo esa mi opinión si no lo hubiese visto aquella noche nublada con mis propios ojos. Creo en ellos como en el sol que sale cada mañana.

CAPÍTULO 1

LUCAS

Ella muerde la punta de su lapicero con tanta intensidad que, si me esfuerzo, puedo escuchar el leve crujido del plástico. Sus ojos recorren la pequeña libreta una y otra vez. Soy consciente de cómo sus labios se tuercen en una mueca frustrada, alzo las cejas, divertido. No le están saliendo las cuentas. —¿En qué momento subieron el precio de renta?

Suelto un gruñido de descontento.

—Hace un mes.

Juletta resopla con fastidio mientras yo intento sacar con una cuchara el café que queda en el tarro. Casi no queda café.

—Se terminó el café mensual —murmuro, ella deja escapar un suspiro lastimero.

Caliento el agua en la vieja estufa y espero. La pequeña mesa apenas cabe en el estrecho pasillo, nuestro hogar es diminuto, me recuerda vagamente a una lata de sardinas.

—¿A qué hora entras a trabajar?

Miro la hora en mi celular.

—En una hora —Ella asiente. El agua ya está burbujeando, me levanto y preparo su café—. ¿Sin azúcar?

—¿Tenemos azúcar?

Sonrió con diversión. Niego con la cabeza. Nunca hay azúcar aquí.

Juleta toma su taza sin despegar la vista de sus apuntes. Me dejo caer en la silla de plástico, frente a ella.

—Asegúrate de descansar —le regaño a sabiendas de que su horario laboral es nocturno—. A este paso morirás antes de jubilarnos.

Ella apenas me mira.

—¿Quieres comer este mes? —pregunta con molestia. Yo asiento—. Entonces después puedo descansar, pequeño torpe.

—¡Mira que trabajo doce horas!

Ella me sonríe. La alarma de mi celular suena y me incorporo. Le estampo un beso en la coronilla, me despido con una sonrisa.

Cierro la puerta con rapidez y corro hasta mi trabajo.

*

Vivo con mi hermana mayor desde que cumplí la mayoría de edad y, en vista de que solo nos tenemos el uno al otro, ambos trabajamos. Yo en un pequeño restaurante de comida japonesa y ella en una fábrica. Nuestra convivencia bien podría definirse como armónica; pasamos tiempo de calidad, nos turnamos en la limpieza, en la cocina, ella lleva las cuentas y yo el inventario. Pero... ape-

nas da para la renta, la luz, el agua y la comida. Apuro el paso cuando diviso el pequeño restaurante.

El dueño del restaurante es un hombre delgado con expresión serena, su voz suele ser gruesa, hasta a veces tornarse agresiva. El señor Tanaka Touske me saluda como cada mañana, apenas asintiendo.

Termino de ponerme el delantal y sonrío con diversión, revuelvo mi cabello como plumas desordenadas. La puerta se abre y con ella suena la campanilla.

—¡Bienvenido!

Hay dos cosas que molestan al señor Tanaka: la primera es que no estén listos los platillos para los clientes, y la segunda es tener que recordar mi nombre.

—¡Ukas! —trina con fuerza, yo dejo escapar un suspiro derrotado. Nunca lo recuerda, ayer fui Lías. «No conozco a nadie con ese nombre» quise decir, pero solo me limité a correr hasta él como un sabueso—. ¡Ukas!

«Y dale con Ukas». La mujer que estoy atendiendo ladea la cabeza, confusa.

—Su jefe dice Lucas.

Yo asiento con una mueca.

—¡Ukas! ¡Ven ahora, muchachol! ¡Ukaaaaa!

Como grita, me disculpo con la pobre mujer, no sin antes tomar su orden. Dos tazones de ramen.

—¡Ukaaa!

Ahora me llamo Uka con triple «a», para rematar. Dos tazones de ramen. Me detengo frente la ventana de la cocina con rapidez.

—¡Dos Ukas para las mesa seis!

Corro hasta el señor Tanaka, todo bien, ya pedí la orden. Casi caigo de bruces sobre el anciano.

—¡Aquí estoy, señor Ramen!

«¡No puede ser verdad!».

Mi rostro se descompone cuando mi jefe me mira como si deseara cocinarme en aceite ardiendo, sonrió avergonzado.

—Señor Tanaka —corrijo.

Él arquea las cejas, molesto.

—Mejor así, Ukas. —Asiente para darle peso a su convicción. Yo, por mi parte, sofoco mis ganas de hacer una mueca. «Dale con Ukas». Pedí dos... Ukas. Mi expresión se vuelve de horror—. ¿Qué pasa, has visto un fantasma?

—¡Dos ramen para la mesa seis!

Tengo que contenerme para no llorar de alivio, Laura se asoma por la ventanilla y me sonríe con sus ojos como dos botones negros. «Gracias, te debo una», gestículo con mis labios.

—Sí, Ukas. —La ventanilla se cierra con un chasquido y yo me volteo hacia mi jefe.

—Señor Tanaka, mi nombre es Lucas, no Ukas.

El voltea los ojos, restándole importancia con un ademán.

—Lo sé, lo sé, Ukas.

Estoy dispuesto a protestar cuando lo veo sonreír con suficiencia.

—Es más divertido Ukias. Suena mejor. —Será infeliz! ¿Ukias? Me tiende un trapeador y un cepillo—. Te toca lavar los baños, Luquitas.

No protesto, no me quejo, ni siquiera resoplo porque es lo más cerca que ha estado de decir mi nombre bien por primera vez. Lo miro como un niño esperanzado.

—Me ha dicho Luquitas, señor Tanaka.

Él resopla con gesto burlón.

—Sacul, limpia los baños.

Mi veneración se esfuma como el polvo. ¡Sacul! ¡Pero si eso es Lucas invertido!

*

Entonces, Sacul limpió los retretes no una, ni dos, sino ¡tres veces! ¿Por qué? Una niña vomitó su almuerzo, desayuno y cena. En mi hora de descanso, Laura me observa con pena. La mujer no debe tener más de cuarenta, pero su cocina es de esas que calientan el alma, el señor Tanaka la educó bien. Ella me tiende una galleta de chocolate.

—Come algo, Luc.

Le sonrió y devoro la galleta. Disfruto un instante de paz.

—¡Ukas!

Ella arquea las cejas con lástima y yo corro hasta el señor Tanaka. Por séptima vez en el día.

*

Busco las llaves en mis bolsillos antes de que Juletta capte mi presencia y fracaso en el intento, pues ella abre la puerta con una sonrisa. Yo levanto mi mano sosteniendo la bolsa; el señor Tanaka, bendito sea el buen hombre,

nos obsequió la cena. Mi hermana mayor sonríe con entusiasmo y me anima a entrar.

—Admito que el hombre puede ser un poco irritante, pero no es desagradable —comento entre un bocado de curry con pollo y el siguiente.

—Suele cambiarte el nombre.

—Lo cabrón nadie se lo quita, pero ¡ey!, nos da comida.

Mi hermana ahoga una carcajada. Extiende su taza con agua con la intención de hacer un brindis.

—¡Por el bendito señor Tanaka, que nos alimenta!

—¡Por el señor Tanaka! —coreo con entusiasmo.

—¡Por el pequeño Ukas!

CAPÍTULO 2

LUCAS

Sonrío cuando la anciana me pide un ramen, como de costumbre; cuando ella me sonríe, sus arrugas se acen-túan cerca de sus ojos. El restaurante suele estar con-currido a algunas horas y yo, como único mesero, soy lo más parecido a una hormiga, corriendo de un lado a otro. Alguien levanta su mano exigiendo mi atención, me disculpo con la adorable anciana y voy hacia el siguiente comensal.

—¿Has comido algo?

Le hago una mueca indecisa a Laura, que me mira con desaprobación mientras me tiende otro cuenco de arroz para una de las mesas.

Clavo mis ojos en una de mis manos y observo la ci-triz, como un agujero cerrado por el paso del tiempo.

—Comí algo.

—¿Cuándo?

Dejo de prestar atención a mi cicatriz.

Tuerzo el gesto —tiene esa manía de comportarse como una madre—, le sonríe con tranquilidad. Ella tuerce sus labios en esa extraña mueca que hace cuando no está de acuerdo con algo, empujando con su labio inferior el superior, en un gesto desconcertante para el espectador. Para ella significa: «No estoy de acuerdo. Pero no pienso insistir más».

—Come algo antes de irte a casa, niño.

Asiento, alejándome con los cuencos de arroz. Se los dejo a un hombre con una niña.

El aspecto de la niña me sorprende, el cabello es de un tono castaño rojizo con mechones de tonos verdes y agua, sus ojos verdes miran al hombre con una diversión casi felina, su vestido tiene volantes imitando a un vestido victoriano con aires de lolita.

—Hoy es mi turno de elegir la cena.

Les sonríe con cortesía; la niña parece ignorar mi presencia por completo, el hombre apenas asiente. Dejo los tazones sobre la mesa.

—Atún —anuncia la criatura con una sonrisa de suficiencia, se voltea hacia mí con sus ojos verdes—. Trae atún, criado.

«¿Criado?». Soy mesero, es casi lo mismo, pero ¡claro que no! ¿Quién se cree esta niña con aires de lolita plana? Mi sonrisa titubea, amenazando con convertirse en una mueca de fastidio.

—¿Disculpa, pequeña? —Engendro demoníaco bien vestido, ese espantoso vestido debe costar mi salario de un mes. Mi sonrisa se ensancha—. ¿Podrías repetirlo?

Sus diminutos labios se tuercen, deja de mirarme y mira al hombre frente a ella.

—Detesto cuando la servidumbre no escucha.

«¡Pequeña hormiga con vestido de princesa!». Mi sonrisa se tambalea. Las comisuras de los labios comienzan a dolerme. El hombre lanza un suspiro resignado.

—Tierra. —La niña ladea la cabeza, expectante. Él me mira con un aire de disculpa en su mirada—. Disculpa a mi pequeña, puede ser algo...

«¿Malcriada, caprichosa, demoníaca, desesperante?», me pregunto mentalmente. El hombre sigue sonriendo.

—No es buena con las relaciones humanas.

Me obligo a no voltear los ojos, incrédulo. La maldita sonrisa no llega hasta mis ojos.

—Es un angelito —afirmo mirando al engendro frente a mí. Ella me mira una vez más.

Pero qué niña más molesta. Sus ojos me miran como quien ve una mosca.

—¿Dónde está mi atún, criado? Tenemos prisa.

—¡Tierra!

Ladeo la cabeza y le sonrío.

—Enseguida, pequeña. —«¡Mocosal!». Me aparto pisando fuerte y molesto, cómo no, con una niña con aspecto de ser una dulzura.

Laura contiene una risa cuando ve mi expresión.

—¿Qué hicieron para que pusieras esa cara? —se burla ella. Chasqueo la lengua con fastidio.

—Dos atunes, para la Matilda con Tronchatoro de ejemplo a seguir.

Laura sofoca una carcajada, recordando la referencia.

—¿Tan mala?

Resoplo con irritación.

—Me llamó criado, espero que se atragante con el arroz.

La niña está moviendo sus pies, que no llegan hasta el suelo, y sonríe ante un comentario del hombre. Casi olvido por completo su comportamiento de una auténtica reina de corazones.

Cuando el atún está listo lo llevo hasta su mesa. Tierra, porque, al parecer, la hija de Tronchatoro tiene nombre, aplaude con entusiasmo.

Sus ojos me miran y me sorprende al ver en ellos una alegría casi asfixiante.

—¡Gracias, criado!

Mi expresión debe ser casi cómica, porque ella sonríe y comienza a comer.

*

Juleta come su comida absorta en el contenido de su plato. En su cuello cuelga una cadena dorada, el colgante se adhiere a su piel. Entrecierro los ojos con una sonrisa burlona.

—Lindo regalo. —Ella me mira con sorpresa e, instintivamente, su mano sale despedida hacia su cuello, ocultando el colgante con forma de corazón. Yo arqueo las cejas más interesado en sacarle información que en mi

propia comida—. Te queda bien. ¿Es de un novio? —Mi sonrisa inocente es casi genuina, ladeo la cabeza y le doy a mis ojos una expresión de mera curiosidad.

—No es de tu incumbencia —murmura ella sin dejar de mirarme. Mi sonrisa no vacila ni un instante. Lanzo al aire un suspiro dramático que parece molestarla y sonrió con aire triunfal al ver cómo su mirada titubea un instante, aprovecho para poner mi mirada más compresiva. La mirada de hermano menor: «Enséñame las cosas más importantes de esta vida, maestra». Juletta suelta su cuchara y me mira—. Me la dio un amigo.

—Un amigo —repito yo, como un eco poco creíble. Ella asiente—. Tiene un lindo corazón, el amigo —recalco con diversión.

—Es solo un amigo, Lucas.

—Solo digo —presiono yo con inocencia— que es un buen amigo, yo también tengo amigas. —La mentira me astilla la garganta; Laura no cuenta, soy como su mascota.

Ella resopla y se dedica a comer. Volteo los ojos, quiero saber un poco más, en vista de que mi reservada hermana no está dispuesta a soltar ni un fragmento de su relación con el nuevo «amigo» que le obsequia corazones de oro, decidido abarcar el tema de manera distinta.

—Tener amigos es estimulante. —Ella no reacciona, decidido seguir—. ¿Tiene nombre?

No responde. Yo sonré un poco irritado por su caja tan cuidadosamente protegida. Un pensamiento viene a mi cabeza y lo suelto antes de pensar lo:

—A menos que seas la amante del dichoso amigo — sugiero con una sonrisa burlona.

La cuchara cae de su mano y me mira con sus ojos abiertos. La sonrisa abandona mis labios.

—Juletta...

—¡Él es distinto! Él me trata bien, Lu... —balbucea, yo la miro pasmado, sus ojos se mueven inquietos—. Se separarán, él lo dijo. Nuestra relación no es como las demás.

Parpadeo aún con la noticia en mi mente, ni siquiera sé cómo reaccionar, mi hermana con un tipo seguramente casado.

—Juletta...

—¡Es que no lo entiendes, Lu! Nos amamos muchísimo. —¿Se aman? Tengo que tragar saliva porque aún no entiendo aquello. ¿Por qué no me lo dijo antes?—. Él la va a dejar. —Ni siquiera sé su nombre, los ojos de mi hermana brillan como dos esferas de cristal.

—Jule.

—¡Lucas! —me corta ella con sus ojos brillantes—.
Yo...

Aprieto los dientes.

—Juletta. —Antes de que vuelva a exclamar algo le sonrió—. No importa. Si estás bien, yo estoy bien. ¿Está claro? —Ella me mira con lágrimas en los ojos.

—Yo quería decírtelo, pero él dijo que no sería bueno...

—No quiero saber los detalles —la corto en seco. Reajo mi plato de comida y me levanto—. No estoy de acuerdo, pero pienso apoyarte.

Ella no me detiene cuando dejo la mesa y llevo mi plato hasta el lavadero.

—Solo procura protegerte, Juletta. —La miro una última vez y le sonrío con una ternura casi amarga—. Felicidades.

